

DOMINGO IV DE ADVIENTO “C”

«Enviad cielos vuestro rocío»

Mi 5, 2-5a:

«De ti saldrá el jefe de Israel».

Sal 79, 2 y 3. 15-16. 18-19.

«Oh Dios, restáuranos».

Hb 10, 5-10:

«Aquí estoy para hacer tu voluntad».

Lc 1, 39-45:

«¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?».

I. LA PALABRA DE DIOS

En el texto del Profeta **Miqueas** se anuncia al Me-sías «*Jefe de Israel*» que «*pastoreará con la fuerza del Señor*» y realizará la unión de todos los hombres.

Cerca ya de la Navidad, la liturgia de este domingo nos invita a clavar nuestros ojos en el misterio de la Encarnación: Cristo entrando en el mundo. Y en este acontecimiento central de la historia, la obediencia. Desde el primer instante de su existencia humana, Cristo ha vivido en absoluta docilidad al plan del Padre: «*Aquí estoy para hacer tu voluntad*». Y así hasta el último momento, cuando en Getsemaní exclame: «*No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*». Y gracias a esta voluntad «*todos quedamos santificados*», pues «*así como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos*» (Rom 5,19).

Y, además de la obediencia, Cristo vive desde el primer instante de su existencia humana en actitud de ofrenda: «*No quieres sacrificios... Pero me has preparado un cuerpo... Aquí estoy*». La entrega de Cristo en la cruz no es cosa de un momento. Es que ha vivido así toda su vida humana, en oblación continua, como ofrenda permanente. Su ser de Hijo ha de expresarse necesariamente en esta manera de vivir dándonos al Padre. Se entregó al Padre y se hizo servidor de todos los hombres.

Y en el misterio de la encarnación está María. Más aún, la misma encarnación es posible gracias a la fe de María que se fía de Dios y acepta totalmente su plan. Por eso se le felicita: «*¡Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!*» Este acto de fe tan sencillo y aparentemente insignificante ha sido la puerta por la que ha entrado toda la gracia en el mundo.

El «*fruto bendito*» del vientre de María llenó de Espíritu Santo a Isabel y a la criatura de su vientre, Juan. Lo cual nos estimula a pedir a Dios, contemplando a toda la humanidad, «*Oh Dios, restáuranos que brille tu rostro y nos salve*»: que se muestre hoy al hombre el fruto bendito de la Virgen María.

La celebración del IV Domingo de Adviento nos invita a prepararnos a la gran fiesta de Navidad unidos a María y con el mismo espíritu de adoración y alabanza que manifestó ella en el Magnificat. Exige de nosotros, además, un compromiso para imitar el gesto de caridad que Ella tuvo con su prima Santa Isabel, en el día a día de nuestra existencia, haciéndonos disponibles a nuestros hermanos más necesitados para que perciban y se alegren con la presencia cercana y amorosa de Cristo.

II. LA FE DE LA IGLESIA

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti»
(484 - 486)

La **anunciación** a María inaugura la plenitud de "los tiempos", es decir el **cumplimiento de las promesas** y de los preparativos. María es invitada a concebir a aquel en quien habitará «*corporalmente la plenitud de la divinidad*». La respuesta divina a su «*¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?*» se dio mediante el poder del Espíritu: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*».

La **misión del Espíritu Santo** está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, él que es el Señor que da la vida, haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya.

El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María es "**Cristo**", es decir, el **Ungido** por el Espíritu Santo, desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores, a los magos, a Juan Bautista, a los discípulos. Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará «*cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder*».

Nacido de la Virgen María
(487 - 489)

Lo que la fe católica cree acerca de María **se funda** en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María **ilumina** a su vez la fe en Cristo.

Dios envió a su Hijo, pero para formarle un cuerpo quiso la **libre cooperación de una criatura**. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «*una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María*».

El Padre de las misericordias quiso que el **consentimiento** de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la **encarnación** para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida.

A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue **preparada por la misión de algunas santas mujeres**. Al principio de todo está **Eva**: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno y la de ser la Madre de todos los vivientes. En virtud de esta promesa, **Sara** concibe un hijo a pesar de su edad avanzada. Contra toda expectativa humana, **Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil** para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel, Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres.

María **sobresale entre los humildes y los pobres** del Señor, que esperan de Él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación.

La oración de la Virgen María (2617-2619, 2622)

La oración de María se nos revela en la aurora de la plenitud de los tiempos. **Antes de la encarnación** del Hijo de Dios y antes de la efusión del Espíritu Santo, su oración coopera de manera única con el designio amoroso del Padre: en la **Anunciación**, para la concepción de Cristo; en **Pentecostés** para la formación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. En la fe de su humilde esclava, **el don de Dios encuentra la acogida que esperaba** desde el comienzo de los tiempos. La que el Omnipotente ha hecho «*llena de gracia*» **responde con la ofrenda de todo su ser**: «*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*». **Fiat** (Hágase), ésta es la oración cristiana: ser todo de Él, ya que Él es todo nuestro.

El Evangelio nos revela cómo **María ora e intercede en la fe**: en **Caná** la madre de Jesús ruega a su hijo por las necesidades de un banquete de bodas, signo de otro banquete, el de las bodas del Cordero que da su Cuerpo y su Sangre a petición de la Iglesia, su Esposa. Y en la hora de la nueva Alianza, **al pie de la**

Cruz, María es escuchada como la Mujer, la nueva Eva, la verdadera "madre de los que viven".

Por eso, el cántico de María –el "**Magnificat**"– es a la vez el cántico de la Madre de Dios y el de la Iglesia, cántico de la Hija de Sión y del nuevo Pueblo de Dios, cántico de acción de gracias por la plenitud de gracias derramadas en la Economía de la salvación, cántico de los "*pobres*" cuya esperanza ha sido colmada con el cumplimiento de las promesas hechas a nuestros padres «*en favor de Abraham y su descendencia, para siempre*».

La oración de la Virgen María, en su Fiat y en su Magnificat, se caracteriza por la **ofrenda generosa de todo su ser en la fe**.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*En verdad, Virgen Santísima, que tu alabanza supera toda alabanza, por haberse encarnado Dios en Ti... Por Ti, hoy, llena de gracia, es conocida en la tierra la Trinidad beatísima*» (S. Pedro Damiano)

Dichosa María que unió virginidad, fecundidad y humildad. «*Venerad, pues, los casados la integridad y pureza de aquel cuerpo mortal; admirad vosotras vírgenes consagradas, la fecundidad de la Virgen; imitad, hombres todos, la humildad de la Madre de Dios; honrad ángeles santos a la Madre de vuestro Rey, a cuya dignidad sea dada toda gloria y honor*». (S. Bernardo).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*La pena que la tierra soportaba,
a causa del pecado, se ha trocado
en canto que brota jubiloso,
en labios de María pronunciado.*

*El sí de las promesas ha llegado,
la alianza se cumple, poderosa,
el Verbo eterno de los cielos
con nuestra débil carne se desposa.*

*Misterio que sólo la fe alcanza,
María es nuevo templo de la gloria,
rocío matinal, nube que pasa,
luz nueva en presencia misteriosa.*

*A Dios sea la gloria eternamente,
y al Hijo suyo amado, Jesucristo,
que quiso nacer para nosotros
y darnos su Espíritu divino.*

Amén.